

Fundamentos en Humanidades
Universidad Nacional de San Luis
Año VI – Número I – (11/2005) 21/36 pp.

UN PUNTO Y APARTE EN LA EDUCACIÓN POPULAR (SOBRE LA IMPORTANCIA DE HACER UN ALTO, RESPIRAR Y SEGUIR)

Alejandra Laconcha
Ana Masi

Universidad Nacional de San Luis
rumicani2001@yahoo.com.ar
ammasi@unsl.edu.ar

Resumen

A partir de conceptos centrales de la Teoría Social de Antonio Gramsci, tales como hegemonía, contrahegemonía, ideología y bloque histórico entre otros, intentamos revisar diferentes formulaciones y prácticas de Educación Popular, preguntándonos si la misma realmente puede constituirse en una herramienta útil y necesaria en la construcción de procesos contrahegemónicos. Para ello fuimos analizando su devenir en distintos contextos y épocas como así también en nuestras experiencias.

Esta misma línea de pensamiento también nos llevó a analizar desde categorías gramscianas, tal como la de intelectuales orgánicos, quienes componen los grupos de educación popular y si su tarea que en los fundamentos teóricos de la Educación Popular, aparece como facilitadora, algunas veces no termina siendo un obstáculo del desarrollo de verdaderos procesos populares.

Palabras Claves

Gramsci, Hegemonía, Educación Popular, Revisión

Abstract

From central concepts of Social Theory by Antonio Gramsci, such as hegemony, counterhegemony, ideology and historical block, among others, we intend to review several statements and practice of Popular Education, wondering if it can

become actually a necessary and useful tool for the construction of counterhegemonic processes. To that purpose, the development of Popular Education in different contexts and times, and in our own experiences is analyzed.

Also, from Gramsci's categories, such as organic intellectuals, we analyze those people who take part in the groups of Popular Education, and whether their job, which in the Popular Education theoretical fundamentals appears as a facilitator, sometimes ends up as an obstacle for the development of true popular processes.

Key words

Gramsci, Hegemony, Popular Education, Review

De donde partimos...

Teniendo como referencia la Teoría Social de Antonio Gramsci, decidimos hacer una revisión a nuestras prácticas. Las dos autoras hemos participado en grupos de Educación Popular, en diferentes provincias y abordando a lo largo de varios años diferentes temáticas.

ALEJANDRA: -Es difícil establecer con precisión cuando llegue a la Educación Popular. Creo que sin darme cuenta fui de a poquito haciendo cosas que me llevaron a la misma, ya terminando los '90, en plena época menemista. Fue cuando comencé a tener noticias de un movimiento que se basaba en las ideas de Paulo Freire, la Universidad Trashumante, que quería cambiar el mundo con propuestas pedagógico-políticas, y sentí atracción por ellas, siempre fiel a mi pensamiento de que para cambiar las cosas no bastan sólo las palabras, sino que hay que hacer.

Ya en el año 2001, con un pequeño grupo de amigos, comenzamos a trabajar en una copa de leche de un barrio periférico de la ciudad de Santa Fe, con los chicos. Un poco la intención era comenzar a hacer cosas para cambiar lo que veíamos y vivíamos a diario. Pero nunca pensamos que era Educación Popular eso que hacíamos, siempre sentimos que nos faltaba mucho para apenas esbozar el decir, "somos educadores populares".

Entrando en el 2002, desde la facultad de Derecho, en un proyecto de extensión, tuve otra aproximación a Educación Popular, con una labor más específica, también en zonas marginadas de dicha ciudad, donde la idea era tratar que la gente recuperara su poder, a través del conocimiento de sus derechos, y de la importancia del trabajo en red y de la comunicación entre vecinos.

Otro proyecto se me presentó a fines de ese mismo año, pero orientado a la construcción popular de alternativas de Salud Comunitaria, de la mano de una de las formadoras de la fundación “Pelota de Trapo” y de la CTA, donde se trabajaba todo lo referido al tema, de recuperación de la cultura del trabajo a través de las huertas comunitarias, y del medio ambiente, así como también lo relativo a la tradición del barrio donde se desarrollaba dicho proyecto, Villa del Parque, donde el padre Catena desarrollara su labor allá por los ‘60. En estas experiencias se trabajaba desde la Educación Popular. O al menos eso se intentaba.

En el 2003, con la fatal inundación de la ciudad (Santa Fe), el agua me llevó a la “Acción Educativa”, donde, por esas cosas de la vida, fui a rematar a un programa de Derechos Humanos, en el cual, además de decirlo creo, también la tarea se hacía desde la Educación Popular. Y así, trabajando simultáneamente en estos grupos, fue como me adentré en la Educación Popular.

No obstante estas experiencias, con bastante práctica de por medio y con tanta variedad de tonalidades de la Educación Popular (dadas por quienes me formaban en cada caso), no he sentido ni vivenciado la construcción de algo diferente hasta ahora. Por el contrario, me ha llevado al día de hoy a preguntarme hasta qué punto se intenta o realmente se persigue la construcción de algo nuevo, si es que no se está haciendo, de algún modo, un reacomodamiento al sistema, reproduciendo algunas de sus lógicas en vez de intentar cambiar las situaciones, y también, hasta dónde los vicios de formación de todos y cada uno de los que estamos en esto, así como las experiencias vividas en los setenta (de las que a veces cuesta desprenderse), no son un obstáculo para desarrollar en plenitud a la Educación Popular como propuesta distinta de lo conocido y verdaderamente transformadora, a la que (a pesar de algunas desilusiones en el camino) no dejo de ver como una propuesta esperanzadora.

ANA: -Llegué a la Educación Popular a fines de la década del '80, de la mano del Teatro callejero, sintiendo la necesidad de asentarme en un lugar, con un mismo grupo. Evalué en aquel momento que el teatro callejero si bien brindaba la posibilidad de estar en muchos lados, en contacto con distintos grupos barriales (de niños, de jóvenes, de mujeres, de alfabetización) no me permitía acompañar y desarrollar un trabajo más permanente, que solo luego de algún tiempo supe que llamaban Educación Popular.

Los años siguientes fueron de aprendizaje continuo, grupos de mujeres, grupo de jóvenes de las villas, campamentos con la “Juventud Interbarrial”, grupos de autoconstrucción, talleres de costura, ollas populares, talleres y encuentros

con otros grupos de Educación Popular, la problemática de la mujer, las actividades culturales en contra de los festejos de los 500 años de la llegada de los españoles, los programas en las primeras FM, el trabajo en la cárcel con el pabellón de Menores. En fin, avances y retrocesos, logros y frustraciones, grupos que se armaban y otros que se desarmaban, mucho trabajo que rondaba el “activismo” poca reflexión teórica, demasiadas urgencias y fracasos permitieron una nueva mirada...

Hoy casi 20 años después con mucha más formación y deformación, menos apuro y mayores obligaciones laborales y de familia sin embargo siguiendo el mismo camino, la misma necesidad de un mundo mejor, las mismas ganas, en definitiva la opción de vida.

¿La educación popular puede ser planteada como uno de los procesos de construcción de contrahegemonía o no?

En este primer interrogante resumimos nuestras historias conjuntamente con la reflexión hecha sobre los movimientos que en América latina se han venido desarrollando en las últimas cuatro décadas, y cuya base ha sido la Educación Popular.

Para abordarlo decidimos tomar algunos conceptos de la teoría de Gramsci, y de sus comentadores, y desde ellos hacer nuestras aproximaciones.

Raymond Williams (1980) dice:

“hegemonía es un concepto que a la vez incluye – y va más allá de – dos poderosos conceptos: el de “cultura” como “proceso social total” en que los hombres definen y configuran sus vidas, y el de “ideología”, en cualquiera de sus sentidos marxistas, en la que un sistema de significados y valores constituye la expresión o proyección de un particular interés de clase ... La hegemonía constituye todo un cuerpo de prácticas y expectativas en relación con la totalidad de la vida ... Es un vívido sistema de significados y valores-fundamentales y constitutivos. Que en la medida que son experimentados como prácticas parecen confirmarse recíprocamente ... en un sentido de la realidad para la mayoría de las gentes de la sociedad.”

Es innegable la eficiencia y estrategia que históricamente ha tenido el liberalismo (en sus múltiples modelos) para instaurar su hegemonía a escala mundial,

pero tomaremos en particular a los países de América Latina. Nos atreveríamos a decir, a riesgo de equivocarnos, que varias lecturas teóricas sobre la situación latinoamericana siempre han tenido como referencia en su enunciación la hegemonía liberal. Nos referimos por ejemplo a la teoría de la dependencia; cuando nos asumimos países dependientes estamos reconociendo países que no lo son, cuando nos reconocemos subdesarrollados es porque hay otros que obviamente si se han desarrollado, cuando nos decimos países periféricos reconocemos que hay países centrales.

Ante esto diferenciamos dos fenómenos: o bien *nos nombramos* en referencia a otro o permitimos *ser nombrados* por otros. Pareciera la maldición de Malinche, trasladada quinientos y pico años después. Deberíamos entonces completar la cita anterior de Williams (1980), cuando refiriéndose a hegemonía afirma “*en el sentido más firme, es una cultura pero una cultura que debe ser considerada asimismo como la vívida dominación y subordinación de clases particulares*”.

En nuestro país la clase dominante, desde un punto de vista histórico ha ido desplazándose de la oligarquía agro-ganadera, a la burguesía industrial luego a la burguesía financiera pero siempre ha mantenido su hegemonía, a veces por el consenso y otras por la coerción. Ahora bien, la hegemonía no se impone de una vez y para siempre, ya que,

“en la sociedad civil se estructura la hegemonía de una clase, pero también es en donde se expresa el conflicto social. Porque la caracterización de una sociedad como sistema hegemónico no supone postular un modelo absolutamente integrado de ésta: las instituciones de la sociedad civil son el escenario de la lucha política de clases, el campo en el que las masas deben desarrollar la estrategia de guerra de posición” (Portantiero, 1999).

Esto implica una constante negociación entre clase dominante y clase subalterna.

“Porque el hecho de la hegemonía presupone indudablemente que se tienen en cuenta los intereses y las tendencias de los grupos sobre los cuales se ejerce la hegemonía, que se forma un cierto equilibrio de compromiso...” (Gramsci, 1984).

Para lograr el consenso de las clases subalternas, la clase dominante debe otorgar ciertos beneficios garantizando algún avance material, pero también necesita ir concediendo espacios simbólicos.

Avila y Von Sprecher (2003) afirman:

“esos espacios que cede la clase dominante, para lograr el consenso, son justamente la posibilidad abierta a que se desarrollen visiones del mundo y organizaciones alternativas –en el sentido de alternativas a lo dominante. Estos espacios, entonces, al menos en potencia, pueden ser el lugar desde el cual empiece a construirse una contra-hegemonía”.

Sostenemos que en estos “intersticios que dejaba el sistema” (como se llaman en alguna época) se ha ido desarrollando la Educación Popular.

Para ello rastreamos algunas definiciones de Educación Popular según diferentes autores y pertenecientes a diferentes años.

Según Carlos Núñez (1985),

“la característica esencial de la Educación popular, pues si bien puede incorporar algunos de los elementos de los otros modelos, su definición está dada por su concepción y compromiso de clase y por su ligazón orgánica con el movimiento popular, definido en términos políticos (no necesariamente partidarios). Por eso para nosotros la Educación Popular es un proceso de formación y capacitación que se da dentro de una perspectiva política de clase y que forma parte o se vincula a la acción organizada del pueblo, de las masas, en orden a lograr el objetivo de construir una sociedad nueva, de acuerdo a sus intereses.”

Según Raúl Marco Mejía (1990):

“Se podría afirmar que los procesos de Educación Popular son entendibles en el proceso histórico de lucha de cada país y en concreto, de cada región dentro del país, sin negar su unidad al proyecto más global de lucha de los explotados del continente latinoamericano y de los pobres del resto del mundo. Por ello, pretender volver su proyecto uno en método y en dispositivos pedagógicos, no es más que una nueva pretensión de discursos hegemónicos al interior del campo popular ...”

Según Torres Carrillo (1999):

“En primer lugar, la Educación Popular no constituye una teoría o cuerpo doctrinal homogéneo. Es una corriente político pedagógica construida histórica y contextualmente, en la que confluye una diversidad de prácticas y discursos diferentes entre sí, tanto temporal como espacialmente ...”

Como ya se señaló, no podemos hablar de un discurso homogéneo de la Educación Popular, sin embargo, sí podemos reconocer un núcleo, un mínimo de

elementos comunes que atraviesan las diferentes prácticas educativas populares, así asuman connotaciones diferentes e incluso contrarias en diversos momentos y contextos. A continuación los vamos a señalar, pues ello nos permitirá identificar los desplazamientos recientes dentro de la Educación Popular. Además, en este núcleo básico, señalaremos qué cosas están cambiando.

Los rasgos definitorios de toda práctica social identificada como Educación Popular son:

- Una lectura crítica al carácter “injusto” de la sociedad y del papel que juega la educación en su reproducción.
- Una intencionalidad política emancipadora.
- La consideración de que son los sujetos populares los actores de su emancipación.
- Un campo privilegiado de incidencia: la subjetividad de los sujetos educativos.
- Unas metodologías de trabajo apropiadas a los anteriores rasgos.

Carlos Falaschi (2003), por su parte, señala como condiciones de la Educación Popular, la intencionalidad política y la intencionalidad educativa. La educación no tiene una dimensión política, sino que toda ella es política. Representa una lucha por el sentido, como una lucha por las relaciones de poder (Giroux). La educación no tiene como objetivo modelar a los seres humanos al estilo de la sociedad, sino formarlos para modelar una sociedad mejor. Las culturas y saberes, a través de milenios, son patrimonio universal de la humanidad; no son “mercancías” apropiables y negociables por unos pocos. Con respecto a la intencionalidad educativa, se puede decir que sin ella, no hay Educación Popular. Falaschi sostiene la inversión de términos en el proceso educativo: desde una ‘transmisión’ vertical y unidireccional, ‘neutra’, ‘bancaria’, pasiva, elitista, individualista, competitiva, diluida (infantilista, “gibarizante” o reductora de cabezas, según A. Puiggrós), domesticadora de las mayorías; hasta una formación de construcción colectiva, horizontal, dialógica, democrática, activa, concientizadora y comprometida.

Rescatamos en estas acepciones algunos rasgos en común de la Educación Popular:

- Se ubica dentro de un contexto histórico específico.
- Busca la transformación de la sociedad, a través de una práctica política que permita la construcción de un mundo mejor; éste último quizás no sea el término apropiado, pero su sentido implicaría resignificar desde una nueva concepción conceptos como igualdad, justicia, trabajo, dignidad, distribución de riquezas.
- Implica un posicionamiento ético, social y político a favor los sectores más

vulnerables de la sociedad.

- Existe una acción y una intencionalidad pedagógica clara.
- Persigue el protagonismo de los sujetos y grupos involucrados.

De dichos rasgos consideramos como fundante la búsqueda de transformación de la sociedad a través de una práctica política, ya que su intencionalidad, al menos discursiva, apunta a la construcción de una nueva hegemonía. Si bien son múltiples los movimientos que se han generado, a pesar de su diversidad y contexto particular, no han podido, o quizás no como se pretende, lograr la construcción de una nueva concepción, siguiendo el “gran país”, sometido, y cada vez mas, a la hegemonía neoliberal.

En la búsqueda de explicaciones nos parece que se destaca lo siguiente. Desde mediados de la década del '90, una de las estrategias del neoliberalismo ha sido precisamente cooptar a las organizaciones de campesinos, de Educación popular, a los movimientos colectivos.

“El neoliberalismo alienta el crecimiento de las organizaciones no gubernamentales, que buscan atraer a los campesinos y a los pobres urbanos al ámbito de influencia de donantes extranjeros, oficiales, gubernamentales, locales y profesionales contratados. Estas organizaciones sociales se presentan como grupos progresistas que defienden el “poder popular”, el “desarrollo sustentable” y la “democracia participativa”. En la práctica, son correas transmisoras para la política neoliberal ...” (Petras, 1999)

Numerosos grupos de Educación Popular han ido “acomodando” sus prácticas y discursos a ciertas problemáticas que en verdad, preocupan más al neoliberalismo y lo afectan menos políticamente. Tales proyectos abordan temáticas como la ecología, la autoayuda, los micro emprendimientos productivos, que de hecho son temas importantes, siempre y cuando no se pierda de vista la lucha política que implica la construcción de una nueva hegemonía.

Ante este mecanismo, sólo algunas organizaciones han sido capaces de recibir el dinero de esos proyectos financiados sin verse finalmente cooptados por quienes les aportan. Hablamos de casos como el E.Z.L.N. en México y los Sin Tierra en Brasil. Se nos impone relacionar esto con el pensamiento de Gramsci:

“Por la propia concepción del mundo se pertenece siempre a un determinado agrupamiento, y precisamente al de todos los elementos sociales que participan de un mismo modo de pensar y de obrar. Se es conformista de

algún conformismo, se es siempre hombre masa u hombre colectivo ... El comienzo de la elaboración crítica es la conciencia de lo que realmente se es, es decir, un cóncete a ti mismo como producto del proceso histórico desarrollado hasta ahora y que ha dejado en ti una infinidad de huellas recibidas sin beneficio de inventario. Es preciso efectuar, inicialmente ese inventario". (Gramsci, 1986)

Efectivamente existe en estos movimientos un posicionamiento claro respecto a su clase, su etnia, su identidad. Tanto los zapatistas, como los Sin Tierra (a pesar de sus diferencias y contradicciones) tienen conciencia de que son y también de lo que no son ni serán. ¿Será que sus integrantes pueden apelar al uso del núcleo del buen sentido, porque como clase subalterna lo poseen?

Dice Gramsci (2001):

"Esta unidad de la espontaneidad y de la dirección consciente, o sea de la disciplina, es precisamente la acción política real de las clases subalternas, en cuanto política de masa y no simple aventura de grupos que pretenden representar a la masa ...",

y es probable que aquí encontremos la respuesta a porqué algunos movimientos logran darle al "obrar una dirección consciente", mientras que muchos otros grupos entre los que se encuentran los de Educación Popular, no logran plasmar en la práctica concreta la intencionalidad discursiva.

Al pensar sobre qué es lo que quizás hace que la educación Popular no supere exitosamente ese paso de la teoría a la práctica transformadora, aparece la siguiente pregunta.

¿Quiénes componen los grupos de educación popular?

Evidentemente, el sentimiento común que moviliza para intentar lograr un cambio a través de la educación popular es el malestar por el modo en que vivimos y las injusticias sociales.

Pero además de un sentimiento compartido, hay una serie de características generalizadas de los que integran grupos de Educación Popular. A simple vista y por experiencias propias, la mayoría de los integrantes de dichos grupos son jóvenes idealistas, universitarios, intelectuales, ex militantes, gente que ha participado de grupos de la iglesia, así como también muchos que no se encuentran

cómodos en el resto de la sociedad, y se sienten a veces fuera de contexto por su forma de pensar. Muy pocas veces hallamos personas de clase media baja y baja, que por iniciativa propia y sin haber tenido aproximación previa a conceptos o a personas que les hayan acercado estas ideas, formen parte de estos grupos.

Esbozando ideas, se nos ocurre dibujar en el aire algunas cuestiones.

Gran parte de los movimientos de Educación Popular tienen entre sus tropas, a personas en cuya formación, se han ido desterrando cuestiones de saber cotidiano para reemplazarlas por ese conocimiento de teorías, que ayudan a entender y leer la realidad desde otro ángulo. Arrimándose a grupos de Educación Popular, en varios casos, se acercan a trabajos barriales, mayoritariamente en villas, o barrios periféricos, donde la vida transcurre de un modo muy distinto al acostumbrado en el centro de una ciudad y, mucho más, del refugio en que se erigen las universidades.

Muchos de ellos, provenientes de la clase media, se topan con un tipo de manifestación que los toma por sorpresa, y que los lleva a diferentes reacciones, que van desde sentimientos de culpa, pasando por la solidaridad y a veces cayendo en asistencialismos, hasta el empezar a explicar los por qué de lo que les acontece a los otros, través de esas teorías aprendidas.

Pero a la vez, y llegado este punto, se distancian de la gente por hablar en difícil o de cosas que para muchos de los oyentes, no son interesantes por tener urgencias inmediatas que resolver. Eduardo Galeano, al respecto relata brillantemente que frente a la propaganda religiosa leída por misioneros a un cacique del Chaco paraguayo, el cacique se tomó su tiempo y después opinó: “-Eso rasca. Y rasca mucho y rasca muy bien. Y sentenció: Pero rasca donde no pica”. Mucho de esto ha existido en los grupos de Educación Popular.

En muchas oportunidades esa distancia también se origina por la fuerte concepción instalada en la opinión de la sociedad, que por tener un estudio universitario, se tiene una especie de supremacía sobre los que no lo tienen, convirtiéndose sus portadores, aun sin quererlo, en una especie de iluminados dispuestos a alumbrar la mente del resto, cubierta por el velo hegemónico.

Y a pesar de que se intenta a través de talleres y encuentros y otras técnicas, tratar de que todos hagan la lectura que ellos hacen, lo único que se consigue en gran parte de los oyentes, mas si son de clase baja, es lograr ese “efecto distancia”, que puede provocar la educación (Tamarit, 2002), no sintiéndose a veces protagonistas ni aludidos por esas palabras que se les dirigen.

Es cierto que al educarnos desde pequeños en la familia, la escuela, el club del barrio, vamos siendo impregnados del pensamiento hegemónico. Al tener la posibilidad de llegar a las universidades, algunos despiertan su sentido crítico, o

por lo menos, un sentido crítico distinto del impuesto. Pero la formación hegemónica recibida sigue siendo fuerte, y si a esto le sumamos algunas cuestiones de historia personal, la cuestión “crítica” se torna dificultosa.

Como bien se lee en *Pueblo y Lenguaje Académico* (Tamarit, 2002), existe una dificultad

“... en muchos intelectuales para comprender las pasiones del pueblo. Lo que entonces nos estaría diciendo Williams, es que el origen de dicha dificultad se encuentra en las distintas maneras de sentir y pensar de la vida de las costumbres y la vida instruida” .

La universidad es como que va enfriando algunas pasiones humanas, y reemplazando otras. Poco a poco y a medida que se avanza en una carrera universitaria, de la que se trate, el mismo modelo va imponiendo un estilo de vida que va alejando a los estudiantes, no a todos pero sí a una gran parte, de aquellas cosas que hacían a su esencia personal. Esencia en la que intervienen las pequeñas cositas cotidianas.

Sin querer, se van buscando cosas fuera del medio en que se nace, con la creencia de que serán mejores que las que tenemos a nuestro alcance, y que en ocasiones, sí es así. Pero la zanja que se va cavando es tan grande, que para cruzarla después, y tratar de recomponer ese diálogo desde una conciencia crítica para reencontrarse con el pueblo, la tarea se vuelve atlética, y no todos gozamos de un muy buen estado físico (y mental) para saltar con esa nueva carga: O dejamos lo que conseguimos en el camino que puede servirnos a todos, o saltamos con la mochila puesta, con el riesgo de que al alcanzar el otro lado, se nos caiga algo en el impacto, o se nos tuerza el conocimiento.

Una vez del otro lado de la zanja, después de tanto tiempo, hay ciertas costumbres a las que cuesta volver, ciertas comodidades que cuestan abandonar, y lo más difícil, cuestiones intelectuales y actitudinales que no se pueden erradicar de un día para otro, y que favorecen a mantener la distancia, aun estando al lado del que ansiamos estar.

Por ese conocimiento adquirido, en el que también juega un papel especial el lenguaje que utilizamos, ya no podemos sentir como antes, ni ver, las cosas que el pueblo ve y siente de otra manera.

“Pero, no se trata por cierto de un simple cambio de vocabulario, se trata, ni más ni menos, de otra forma de ver las cosas; es otra la configuración simbólica de lo real. Ello provoca un distanciamiento que obliga a un esfuerzo mayor para comprender...” (Gramsci, 2001)

Esfuerzo este, que no todos están dispuestos a realizar, ya que exige una tarea interior y exterior muy grande.

Se hace dificultoso a veces para quien tiene un estudio académico ponerse en el lugar del otro, y más aun, tratar de ver las cosas desde el otro. Pareciera que la tentación de aplicar si o si lo aprendido tal y como se asimiló, fuera mas fuerte que intentar comprender al otro desde el otro y no desde las teorías.

Es como que ensayáramos convertimos en los intelectuales que el pueblo esta necesitando, pero no surgimos de ese “pueblo” al que nos dirigimos, sino que venimos (mas allá de salir de ese lugar en algún momento) desde fuera con un bagaje distinto y que en la mayoría de las veces, si bien le sirve, no le alcanza a la gente.

En varias oportunidades, cuando se está frente a personas del pueblo que tienen esa comprensión que quizás nosotros pretendemos, por toda la estructura fuerte que llevamos, nos cuesta darnos cuenta que estamos frente a un “intelectual orgánico”, y además, si nos damos cuenta, nos resistimos a reconocerlo y llamarlo intelectual, porque simplemente no encaja con la idea de tal que llevamos dentro.

Hemos vivenciado en varias oportunidades, eso que Tamarit denomina un *iluminismo–paternalista democrático* (también el dedocrático) que es progresista, igualitarista. Y como bien dice nuestro autor, esto puede atenuar la distancia pero no eliminarla. Precisamente por todo esto que se lleva consigo, que está en el fondo y en la subjetividad de las personas. Da la sensación, a veces, que como tenemos un conocimiento, no sabemos si mayor, pero si diferente, universitario, podemos guiar a los pequeñitos para que no cometan errores... y es que olvidamos quizás, que de los errores y la experiencia propia se aprende mas que de la mano de quien vivió o conoce la experiencia sólo teóricamente.

Suponemos que exige una búsqueda constante, no solo en causas socio-culturales externas, sino en las internas, que a veces son las más difíciles de explorar, ya que eso trae aparejado una gran autocrítica que, por toda esa superioridad que creemos nos da el saber, no siempre estamos dispuestos a hacer de modo conciente y serio, y es más fácil seguir echando el fardo fuera, tratando de anular lo que nos viene dado por el sistema, que extirpar eso que de hegemónico llevamos dentro.

Los referentes

Por otra parte, hay entre quienes dirigen, por llamarlo de alguna forma, a los grupos de Educación Popular, viejos militantes e intelectuales universitarios. Aunque el principio de inocencia prima en nuestra Constitución, y siempre hay que

brindar el beneficio de la duda, no hay que descartar que, por la forma de pensamiento impuesta a través de tanto aparato ideológico, así como por mañas aprendidas en partidos políticos y en claustros universitarios, muchos parecieran tener problemas para desprenderse de todo ese andamiaje, aun teniendo una gran lucidez intelectual y una muy buena lectura de la realidad. No pueden realizar la autocrítica necesaria, sin la cual, y sin la humildad suficiente, llevan adelante una hegemonía dentro de los grupos con una lógica casi idéntica a la del sistema.

Aunque en el discurso usen y abusen de categorías de Educación Popular, más tarde en cuestiones de tipo político y metodológicas, sin quererlo, terminan siendo más de lo mismo. Y es aquí precisamente cuando pareciera que todo el trabajo que se viene desarrollando, se trunca, ya que a los observadores y oyentes, se les hace imposible no identificar cuestiones que se dice querer cambiar y que, en los grupos o en el trato con la gente en general, se están repitiendo de manera casi constante por los referentes, lo que en muchas ocasiones lleva también a que los “discípulos” repitan esas conductas. En esto no vemos prácticas de creación y re-creación de conocimientos en función de una acción transformadora de la sociedad, sólo alcanzamos a ver una reproducción de lógicas y prácticas que continúan llevando al mismo destino que queremos modificar.

Sean quizás estas algunas de las causas que, entre todas las que va sumando a diario el modelo neoliberal, hacen que los grupos, y hasta a veces algunos movimientos de Educación Popular, fracasen, se disuelvan, o simplemente, terminen convirtiéndose en algo que se dice alternativo y que en realidad no es tal.

Retomando la pregunta inicial

Puede parecer que el panorama resulta bastante fatalista y con aires de fracaso, pero aún así, más allá de nuestra testarudez innata, creemos y pensamos que la Educación Popular puede ser una herramienta útil en la construcción de una nueva hegemonía.

Aun a riesgo de que nuestras opiniones sobre Educación Popular estén teñidas de subjetividades, creemos que lo válido es arriesgarnos a cuestionar aún las cosas en las que creemos y sentimos.

Gramsci “pone el acento en la necesidad para la clase obrera de librar una batalla política e ideológica en el seno de la sociedad/ estado para lograr la superación del sistema capitalista dominante” (Thwaites Rey y otros, 1994), y para ello el planteamiento de una nueva hegemonía debe mantener como horizonte la

idea de la transformación de la sociedad, cuyo camino podría de una buena vez, la puesta en práctica las principales categorías de la Educación Popular.

Pero quizás, y previo a ello, esta tarea exigiría una profunda reflexión de los hombres y mujeres de clase media que decidimos integrar estas experiencias. Resultan muy útiles las ideas expresadas por Tamarit (1997) en el texto *Educación, Conciencia Práctica y Ciudadanía*, cuando observa que

“ciertas ideologías (asumidas por grupos particulares como sectores dirigentes, intelectuales, universitarios) sí pueden intervenir en la constitución del sentido común de estos individuos, dando lugar en muchos casos a verdaderos procesos de **resocialización**¹. Claro que para que ello ocurra, es preciso que los sujetos en cuestión hayan hecho el “inventario” que reclama Gramsci, en el “comienzo de la elaboración crítica”. Esto significa que la concepción del mundo “recibida sin beneficio de inventario”, es puesta a prueba de teoría y en consecuencia revisada –es decir, rechazada y reemplazada- o confirmada.”

Decía una mujer en el barrio: “una no elige donde nacer, eso nos toca”. Nos parece un buen punto tener claro que no estamos invalidados, por haber nacido en una clase media, para participar del proceso de construcción de una nueva hegemonía, pero esto exige tener siempre presente que en aquellos grupos en los que trabajamos

“.. jamás (hay que) subestimar o negar los saberes de experiencia vivida ... No es posible la falta de respeto al sentido común ... El respeto a esos saberes se inserta en el horizonte mayor en que se generan - el horizonte del contexto cultural-, que no se puede entender fuera de su corte de clase.” (Freire, 1993)

Pero a su vez tampoco sería lícito que anuláramos “eso” que somos, esto que Freire sostuvo tan férreamente de “aportar desde la diferencia”, ni mejor, ni peor: diferente. Muchas veces nuestras prácticas se han visto teñidas de zonceras, que al decir de Jauretche (2003) son “principios introducidos en nuestra formación intelectual ... con la apariencia de axiomas, para impedirnos pensar las cosas del país por la simple aplicación del buen sentido”, tales como creer que la gente de la villa siempre tiene razón por que es de la villa.

¹ El resaltado es nuestro.

Freire plantea respecto a esto, que es un deber de los educadores desafiar a los educandos en lo que creen que es un acierto, pero esto es un punto de partida nunca de llegada. La desmitificación de la experiencia vivida, entendemos, sería buscar adentro del sentido común el núcleo del buen sentido. Sin que esto signifique pensar que tal o cual movimiento, es el único que, por sus prácticas, metodologías, clase de integrantes, etc., puede y está capacitado para lograr un cambio, olvidando algo fundamental como es que todas y cada una de las prácticas, no son ni las primeras ni las únicas que operan sobre una misma realidad, y que un cambio en esta sociedad, tan competitiva, necesita primordialmente dejar de lado todo tipo de apetencias personales de protagonismo y reconocimiento, e intentar, aunque cueste un montón, cambiar, o atemperar al menos, toda esa carga aprendida en los sitios donde nos hayamos ido formando y deformando también.

Retomando otras categorías presentes en el discurso la Educación Popular, las vemos reflejadas en algunos movimientos surgidos en nuestra Argentina en los últimos años (piqueteros, asambleas barriales, fábricas tomadas, etc.) hecho que no nos sorprende. No porque la Educación Popular haya obtenido raigambre popular, instalándose en el hombre común, o porque esos grupos se “hayan apropiado” de ellas, sino porque muchas veces la construcción de algo nuevo implica ciertos antagonismos. En este sentido lo dicho por un chico preso en la cárcel de San Luis “yo no sé que quiero hacer para adelante, pero si se que no quiero volver a estar acá” y esto definía su realidad. Entonces, si la actual hegemonía impuesta es autoritaria, vertical, homogeneizante, injusta; lo nuevo debe necesariamente ser democrático, participativo, horizontal, diverso, justo.

En un nivel más general hay indicadores en la sociedad, que nos llevan a pensar que quienes están arriba, la clase burguesa en términos gramscianos, son dominantes, pero están siendo fuertemente cuestionados en su capacidad dirigencial. Sin hablar de una crisis orgánica, vemos un despertar en la sociedad que nos permite arriesgarnos a pensar que el camino se está comenzando a andar. Si bien todas las acciones que observamos en la sociedad parecieran una suerte de respuestas a las movidas de ellos, tal cual en una partida de ajedrez, es importante intentar estar presentes ahí, atentos (para no cometer los mismos errores) y concientes de nuestras contradicciones.

Finalmente, teniendo en cuenta que los tiempos históricos son más extensos que nuestras vidas, puede que estemos vivenciando, sin tomar conciencia total aún, una muerte de lo viejo sin que lo nuevo pueda nacer todavía.

Referencias bibliográficas

Avila y Von Sprecher (2003). *Introducción a Las Teorías Sociológicas*. Córdoba: Ed. Brujas.

Falaschi, C.(2003). *Seminario de Formación de Educadores Populares*. Neuquen: Mimeo.

Freire, P. (1993). *Pedagogía de la Esperanza*. México: Siglo XXI Editores.

Gramsci, A. (1984). *Notas sobre Maquiavelo, sobre la Política y sobre el Estado Moderno*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Gramsci, A. (1986). *El Materialismo Histórico y La Filosofía de B. Croce*. México: J. Pablos Editor.

Gramsci Antonio (2001) *Cuadernos de la Cárcel*. Tomo 2. México: Ediciones Era.

Gramsci Antonio (2001). *Cuadernos de la Cárcel*. Tomo 4. México Ediciones Era.

Jauretche, A. (2003). *Manual de Zonceras Argentinas*. Obras Completas, Vol. 2. Buenos Aires: Corregidor.

Marco Mejía, R.(2000). *Formación de Educadores Populares: Búsqueda y Reto de una Práctica Alternativa*. Colombia: Planeta Paz.

Núñez, C. (1996). *Educación para Transformar. Transformar para educar*. Buenos Aires: Editorial Humanitas.

Petras, J. (2000). *El Impacto Político y Social del Neoliberalismo*. (Versión Digital) Fecha de Descarga 20/8/03. Disponible en <http://argeocities.com/veaylea2002/petras/04-10-00impacto.Htm>.

Portantiero, J. (1999). *Los Usos de Gramsci*. Buenos Aires: Grijalbo.

Tamarit, J. (1997). *Educación, conciencia práctica y ciudadanía*. Mimeo

Tamarit, J. (2002). *Pueblo y Lenguaje Académico*. Mimeo

Torres Carrillo (1999). *Ires y Venires de la Educación Popular en América Latina*. Mimeo.

Thwaites Rey y Otros (1994). *Gramsci Mirando al Sur*. Buenos Aires: Ed. K&Ai,

Williams, R. (1980). *Marxismo y Literatura*. Barcelona: Península